mento Camilo, abriendo repentinamente la puerta del gabinete); «el amor..... un amor volcánico, irresistible, ha prendido en mi pecho, y si hasta ahora he podido hacer traicion á mis sentimientos, ya no me es posible ocultarlos. Dos años há que una señorita de París es el objeto de mi amor.» —

Suspensos nos dejó por largo rato tan súbita declaracion, hasta que, volviendo en sí D. Melquiades, intentó reprender severamente á su hijo; pero tomando yo la palabra, — No es ya tiempo, le dije, de reparar un daño de que V. fué la causa principal; sufra V., amigo mio, que se lo diga: usted, separando á su hijo de su país en los años más decisivos de su vida, ha dado lugar á que este jóven apreciable se vea, á pesar suyo, hecho un extranjero en la patria que le dió el sér; educado en ella, hubiera sabido conocer y apreciar sin violencia las eminentes cualidades que la son peculiares, y la hubiera pagado con sus conocimientos y su trabajo el tributo que todos la debemos; no anhelaria otros placeres que los nuestros, y ellos habrian bastado á su felicidad y á la de V. Llore V. ahora el haber renunciado á esta dicha, robando al mismo tiempo á la patria uno de sus hijos; pero no intente remediar una violencia con otra violencia, y deje seguir al suyo la determinacion á que le llama su suerte. —

Camilo, al oir esto, se arrojó á los piés de su padre, y le pidió su permiso para fijarse en París; y éste, con la voz ahogada en lágrimas de dolor, tuvo que dar un consentimiento que ya no podia evitar.

Volvió, en efecto, nuestro jóven á la capital de Francia, donde contrajo matrimonio con su amada, y ha establecido su casa-comercio, que sin duda acreditará con su talento y honradez. El padre, en tanto, llora el error de haber él mismo arrojado de su país su nombre y su descendencia..... ¡Cuántos así!

(Enero de 1833.)

LA CAPA VIEJA

Y EL BAILE DE CANDIL.

«.....Del Rastro á Maravillas,
Del alto de San Blas á las Bellocas,
No hay barrio, calle, casa ni zahurda
Á su padron negado.»

JOVELLANOS. — *Sát.*

—«¡Bravo título! ¡digno asunto! Por cierto que el señor Curioso nos promete hoy un discurso de gran tono.»

Tales ó semejantes exclamaciones zumban ya en mis oidos, proferidas por ciertos críticos de salon, de estos que afectan desdeñar todo lo que no sea sublime..... ¡Pobres gentes! ¡como si ellos lo fueran!

—Pero, señores (les respondo yo), ¿todo ha de ser primores y filigrana? ¿Ignoran que el secreto del arte consiste en oponer los contrastes de lo alto y de lo bajo, de lo pulido y de lo grosero? ¿Y por qué habré yo de renunciar á esta ventaja, si he de hacer formar idea general de las costumbres de todas las clases? — En un mismo cuartel, en una misma calle, ¿no existen usos é inclinaciones diferentes? Pues ¿cuánto mayor no será esta diferencia tra-

tándose de toda una capital? No hay remedio, señores mios; si han de conocer la fisonomía particular de las clases que no habitan el centro de esta villa, fuerza será que le abandonen conmigo por un momento, y que si no lo han por enojo, me sigan adonde me cumpliere llevarles.

Revolviendo la esquina de la calle de la Ruda para entrar en la plazuela del Rastro (¡taparse bien las narices, señores críticos!), íbame entreteniendo agradablemente en reconocer los diversos almacenes ambulantes, restos de veneranda antigüedad, que ya decoran armoniosamente la angosta entrada de un chiribitil á que llaman tienda, ya figuran airosos á campo raso, tendidos sobre un trozo de estera en medio del ándito de la calle. A la vista, pues, de tantos despojos de la moda, que en otro tiempo decoraron estudios y salones, íbame llenando de aquel supersticioso respeto con que más de un anticuario suele colocar en su gabinete tal cuarto segoviano, roñoso y carcomido, juzgándole moneda del bajo imperio; y considerando, por otro lado, que todos ó gran parte de aquellos objetos podrian haber sido conquistados en buena guerra, me disponia ya á dirigirles una alocucion romántica, cual si fueran espada del Cid ó escudo de Carlo-Magno.

Pero mi monólogo pasó á ser diálogo cuando volviendo la cabeza me hallé detras de mí al amigo *don Pascual Bailon Corredera*, á quien no habia vuelto á ver desde el lance de la hermosa Narcisa, que, si mal no me acuerdo, conté en el artículo de *Los Cómicos en Cuaresma*.—Llenóme de placer este encuentro, y proseguimos juntos nuestro paseo escrutador, cuando al pasar por una vieja prendería, paróse D. Pascual como herido súbitamente, dándome lugar á un mediano susto; mas, sin reparar en él, corre á la tienda, alcanza una capa vieja que pendia

á la puerta, reconócela prolijamente broches y vivos, embozos y costuras, puertas y ventanos, y alzando cuanto pudo su voz..... «Ella es.....», dice, y la abraza enternecido, y la riega con sus lágrimas.

—Pero, D. Pascual, ¿qué locura es ésta?

—«Déjeme V., amigo mio, déjeme V. que pague este tributo á un mudo acusador mio; déjeme V. recobrarle despues de largos años de separacion.»

Y diciendo y haciendo, pagó á la mujer que la vendia el precio de la capa, y poniéndola debajo de la que llevaba, continuamos nuestro paseo; pero como yo insistiese en que me explicára el misterio de aquel astroso mueble, tomó la palabra D. Pascual y me habló de esta manera:

—«Creo á V. sabedor, amigo mio, de que en mi juventud fuí lo que se llama un calavera completo, y que la crónica escandalosa de Madrid ofrecia en aquel tiempo pocos lances en los cuales yo no figurase, haciéndome mi vanidad buscar los más comprometidos por el solo placer de que todos se ocupasen de mí. Miéntras permanecí en el círculo de la alta sociedad tuve intrigas amorosas más ó ménos complicadas, casos de honor más ó ménos problemáticos, y de todos salí sano y salvo, como está admitido entre personas de cierta educacion. Pero el mal demonio, que no duerme, me hubo de fastidiar de aquel género de vida y de placeres, y ofreciendo un ejemplo más á aquella regla de que los extremos se tocan, pasé por una brusca transicion desde el orgullo aristocrático á los instintos más groseros de la plebe. Cesaron, pues, mis galas y mis tocados: olvidéme de teatros y salones, renuncié á mis antiguas amistades, y adopté el traje y los modales de un *manolo* verdadero.

»Armado con mi calzon y chaqueta, corbata de sorti-

ja, sombrero calañés, y embozado, sobre todo, en mi gran capa, echéme á buscar aventuras por Lavapiés y el Barquillo, con más determinacion que el héroe manchego por el campo de Montiel. Mi generosidad, mi buen humor y mi determinacion para todo me hicieron desde luégo célebre entre aquellos habitantes, y ya se sabía que no habia funcion en que no se contára con *don Pascualito*, y hombres y mujeres me festejaban á cual más, con lo cual tenía yo cierta superioridad, parecida á la de un cacique en una tribu de araucanos.—Contribuia en gran manera á ello mi capa azul, que, aunque vieja, era muy superior á las que me rodeaban; pero como yo no queria distinciones, acerté á tratarla tan mal, que en muy pocos dias logré hacerla equivocar con todas, con lo cual me creí ya protegido del escudo de Minerva, y todo lo vencia, y nada me arredraba. Con ella frecuenté tabernas y figones, buhardillas y burdeles, palomares y azoteas; y sin ella nada de esto hubiera podido hacer: tal era la confianza que este *disfraz* me inspiraba.

»Una tarde (de San Anton por cierto) salí envuelto en mi encubridora capa al paseo ó romería de *las vueltas*, como es uso y costumbre en tal dia. Ignoro si V., como Curioso, habrá observado el espectáculo grotesco que en semejante ocasion presentan las dos calles de Hortaleza y Fuencarral, accesorias á la iglesia del Santo anacoreta; la inmensa multitud de fieles que, impulsados de su devocion, se acercan por la mayor parte á la puerta de la iglesia sin entrar en ella; la exposicion pública de caballos y mulas de alquiler, adornados de cintas, que, guiados por inexpertos jinetes, corren al trote por el arroyo ó lodazal y van á gustar la cebada bendita; la multitud de tiendas de panecillos del Santo para pasto de los fieles; los coches y calesas prodigiosamente henchidos de mujeres y muchachos, y el sofoco de la concurrencia, que son plácido es-

pectáculo á la multitud de espectadores de rejas y balcones; las sales del ingenio chisperil, y demas circunstancias, en fin, que hacen aquel cuadro tan original en su clase.

»Servia yo de breve episodio en él, marchando con el sombrero hasta las cejas y el embozo á las pestañas, puestos en jarras bajo la capa entrambos brazos, y abriéndome paso con los codos á derecha é izquierda. Andaba, pues, titubeando sobre cuál de aquellas estrellas habia de tomar por norte, cuando al atravesar la boca-calle de San Márcos vi venir, haciendo alarde de su desenvoltura, á una manola, para cuyo retrato necesitaria yo la pluma de Cruz ó el pincel de Goya. Acompañábanla otras tres mozas, que si la desmerecian en hermosura, la igualaban por lo ménos en desvergüenza, y á pocos pasos las seguia un grupo de majos de chaqueta y vara, á quienes ellas tiraban panecillos por cima del hombro.

»Confieso á V. que la vista y la razon se me turbaron al contemplar aquella belleza, y sin ser dueño del primer movimiento, bajéme un poco más el sombrero y me interpuse entre el planeta y sus satélites; pero un mediano garrotazo que sentí en el hombro derecho me hizo volver en mí, y siguiendo el camino de dicho palo hasta encontrar el brazo que le blandia, hallé, no sin sorpresa, que estaba pegado á un mozo que yo conocia de várias aventuras anteriores. Esto fué hallarme, como quien dice, en tierra de amigos, y muy luégo lo fueron todos los individuos de ambos sexos que componian aquella guerrilla, merced á algunas oportunas estaciones que mi bolsillo permitió donde convino.

»La niña retozona llevaba la vanguardia, y á cada paso nos comprometia en quimeras y reconvenciones, ya insultando á los paseantes, ya espantando los caballos ó cogiendo las ruedas de las calesas, ó tirando cáscaras de

naranja á los que iban en los coches. Crecia mi amor á cada una de estas barbaridades, y no perdia ocasion de expresárselo, á lo cual ponia ella mejor cara que uno de los acompañantes, que era el galan, miéntras que el marido, que tambien era de la comparsa, todo se volvia condescendencias y atencion conmigo.

»Vino la noche, y habiendo manifestado aquella honrada gente que en casa de cierta amiga habia baile, nos dimos todos por convidados, y yo el primero me dirigí con más apresuramiento á aquel *baile de candil*, que si fuera *soirée* parisiense ó *raout* inglés.

»Pasamos desde luégo á la calle de San Anton, y en una de sus casas, cuyos pisos eran dos, el de la calle y el del tejado, llamamos con estrépito, y salieron á recibirnos hasta dos docenas de personajes parecidos á los que entrábamos. Por de pronto hubo aquello de negarnos la entrada, amenazas y áun palos; pero, en fin, asaltamos la plaza, y griegos y troyanos, olvidando resentimientos mutuos, improvisamos unas *manchegas*, que hubieran llamado la atencion de toda la vecindad, si toda la vecindad no hubiera estado ocupada en otras tales.—Siguiéronlas en ingeniosa alternativa *boleras* y *fandango*, intermediados con los correspondientes refrescos trasegados del almacen de enfrente; y á favor de la algazara que el mosto infundia en la concurrencia, creia yo poder formar con mi consabida pareja la conspiracion correspondiente; pero otra más sorda, dirigida por el amostazado galan, se formaba á mis espaldas, no sin grave peligro de ellas.

»Por último, para abreviar, el baile se fué acabando, cuando una patrulla que pasaba hizo cerrar el almacen de lo tinto, á tiempo que éste empezaba á obrar fuertemente sobre las cabezas, y ya se trataba de retirarnos, por lo cual echamos el último fandango con capa y sombrero, cuando un fuerte palo disparado por el furioso Otelo al candilon de cuatro mechas que pendia colgado de una viga del techo, hízole saltar en tierra, dejándonos á buenas noches. Aquí la consternacion se hizo general; las mujeres corrian á buscar la puerta, y encontrándola atrancada, daban gritos furibundos; los hombres repartian palos al aire, rodaban las sillas, estrellábanse las mesas, y voces no estampadas en ningun diccionario completaban este cuadro general.

«*Si licet exemplis in parvo grandibus uti,*
Hæc facies Trojæ cum caperetur, erat.

»Pero el blanco de la refriega éramos, por desgracia, el matrimonio y yo, en cuya direccion disparaban los conjurados sus alevosos golpes, hasta que un agudo grito del marido, que vino al suelo al lanzarle, dió lugar á que la puerta se abriese y todos se precipitasen á salir, quedando solamente el ya dicho, tumbado en el suelo, sin sentido, y yo con el suficiente para ver que mi pérfida Elena, apoderándose de mi capa y envolviéndose en ella, huia alegremente con sus raptores. Á mis voces y lamentos llega una ronda, reconoce al hombre que estaba á mi lado bañado en sangre..... «¡Cielos, está muerto!» Y yo, sin más pruebas que mi dicho, disfrazado vilmente, niego mi nombre, me turbo de vergüenza, y haciendo concebir sospechas de mí, soy conducido á la cárcel pública.

»¡Qué noche, amigo mio! ¡Qué noche de desengaños y de amargas reflexiones! Entónces maldije mi indiscrecion, me horroricé de mi envilecimiento; conocí, aunque tarde, todo lo criminal de mi conducta, y lamenté mi futuro destino. Pero la Divina Providencia quiso darme sólo un fuerte aviso, pues el hombre á quien creiamos muerto, sólo estaba herido, y declaró mi inocencia, con

lo cual logré al cabo de algunos dias recobrar mi libertad. Mas esta leccion, impresa indeleblemente en mi memoria, me hizo renunciar para siempre á aquel género de vida, volviéndome á la sociedad á que pertenecia; y tan fuerte es aún la impresion que en mí dejó aquel suceso, que no he podido disimularlo á la vista de este cómplice de mis extravíos, que rescato hoy para eterna vergüenza mia.»

—Un traje grosero (repuse yo para aplicar la moraleja del cuento) suele inspirar ideas villanas. Usted, señor don Pascual, tiene hijos, que no tardarán en ser mancebos; inspíreles V. la misma saludable aversion que usted ha cobrado; procure que su traje sea siempre correspondiente á su clase, para que les haga apartarse de aquellos sitios en que teman comprometerla, y sobre todo, créame V., no les permita en ningun tiempo usar una *capa vieja*.

(Enero de 1833.)

LAS NIÑAS DEL DIA.

«Las solteras no me prenden,
Porque se andan ya tan sueltas,
Que ellas se mueren por todos;
¿Quién se ha de morir por ellas?»

Comedia de D. F. DE LEIVA.—*El Socorro de los mantos.*

Paseábase Diógenes con una luz en medio del dia por la plaza de Aténas buscando un hombre. Si Diógenes hubiera vivido en Madrid, quizás habria buscado una mujer. ¿La habria encontrado, ó cansado de inútiles pesquisas, tornaríase mohino á su tinaja? ¡Atencion, vosotros, celibatos de veinte á cuarenta, los que á manera de nube poblais calles y salones de esta heroica capital, y sin ser Diógenes ni conocer el código de su filosofía, teneis la suficiente para no hallar una mujer en el salon del Prado; con vosotros hablo, y vuestra causa es hoy la que defiendo! Daos prisa á aprovecharos de mis argumentos, pues quizás otro dia, volviéndolos ingeniosamente en contra vuestra, á guisa de abogado veterano, defenderé con teson los derechos de vuestra parte contraria, presentándoos por causadores de sus flaquezas. Entre tanto, oid y callad.

Y vosotras, amabilísimas criaturas, perdonadme si el inevitable giro de mi discurso me conduce hoy al atrevido intento de bosquejar vuestra incomprensible imágen; perdon os demando si mi tosca y desaliñada pluma se atreve á delinear algunos de vuestros rasgos característicos. ¿Cómo remediarlo? Vuestra importancia en el órden social es tal, que un escritor célebre ha dicho con razon :—«Los hombres hacen las leyes ; las mujeres forman las costumbres»;—por cuya consecuencia, mal podria yo proseguir en la pintura de éstas sino colocándoos en primer término de mis cuadros. Empero, si alguna punta de amargo se deslizase hoy en mi tintero, cuyo inocente licor compongo para este caso con arabesca goma y azúcar cristalizada; si mi anteojo escrutador acertase, por desgracia, á encontrar en vuestro cielo alguna nubecilla, sed tolerantes y no os enojeis, sino reid conmigo de vuestras propias debilidades.

Háganse á un lado, señoras viudas, alegres ó plañidoras, en flor ó en conserva, con tocas y lutos ó con paletina y schall; háganse á un lado, digo, que por hoy no son el blanco de mi pensamiento; y ustedes tambien, señoras esposas, Lucrecias ó Elenas, ensanchen el pecho y sigan su camino, que tampoco á ustedes tocan hoy los puntos de mi sermon. Empero, vosotras (no culpeis la llaneza del estilo), niñas en esperanza, fruta temprana de 1833, las que, salvando vuestro tercer lustro, os meceis alegremente en los felices límites del cuarto, rodeadme aquí todas y miradme frente á frente, por ver si mi pincel, animado con vuestra presencia, consigue trasladar al papel vuestra copia original.

Más privilegiadas que vosotras, las que os precedieron en juventud y gracias en los siglos anteriores, fueron el objeto de las delicadas plumas de Lope y Calderon, las cuales supieron embellecer hasta sus mismos defectos. Si

el teatro es el espejo fiel de las costumbres, y los autores cómicos los más ciertos historiadores de ellas, no puede ménos de sorprendernos el espectáculo que presentan aquellas damas, heroicas hasta en sus mismos extravíos, sublimes hasta en los yerros de su amor. Aquella contradiccion de orgullo y rendimiento; aquella mezcla de flaqueza y de virtud; aquel amoroso desden; aquella generosa venganza; aquel sistema de amor, sugerido por la unidad del sentimiento y por la más natural filosofía, para cautivar la admiracion y el entusiasmo del afortunado galan, son cosas que infunden asombro y ponen en fuego al alma más helada é indiferente.— Pero (me diréis) la temeridad de sus pasos, el olvido de sus más sólidos intereses, el atrevimiento de sus disfraces, la libertad de sus palabras, la.....—Teneis razon, queridas mias, teneis razon; todo esto pudo pasar sin riesgo en aquellos tiempos, porque los galanes del siglo XVII merecian tambien más amor, más talento y ménos egoismo que los insignificantes y ligeros mancebos que os rodean.

Un siglo despues, diversas causas, que sería prolijo relatar, obraron notable diferencia en el sistema mujeril. Consideradas como demasiado peligrosas á la luz del dia, delante de padres y tutores celosos, que podrian muy bien ser ofuscados por ellas, fueron encerradas tras las altas murallas de un convento, ó tapiadas en la casa paterna entre rejas y celosías; el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida* eran las únicas lecturas que se les permitian; la estameña y muselina, sus galas; la costura y el bordado, su única ocupacion. Mas al traves de estos obstáculos, el incorregible amor hallaba medios de flechar aquellos incautos corazones, y cuando sus guardias vigilantes abrian los cerrojos para dar entrada al hombre á quien la autoridad paterna designaba para esposo, ya no era tiempo, pues el amor se habia adelantado, y «amor

que entra por la ventana (dice Marmontel) es más peligroso que el que entra por la puerta.»

El filósofo Moratin, en sus dos mejores comedias, nos ha dejado una pintura fiel de las consecuencias de esta educacion violenta y suspicaz, presentándonos en una la terrible obediencia, pronta á sacrificar la vida al capricho paternal, y en otra la industriosa resistencia y el fingimiento más refinado para burlar su vigilancia. Pero ya *doña Paquita* y *doña Clara* no son personajes de esta época, y sus retratos deben ser considerados más bien como modelos del arte y como documentos históricos que no como traslado de nuestras niñas actuales, que así se apartan de las aventureras damas de Calderon y Tirso como de las desventuradas y oprimidas de Moratin.

Escuchadme aquí todas, *Adelaidas*, *Carolinas*, *Julias* (que hasta los nombres habeis embellecido); escuchadme aquí todas, que con vosotras y de vosotras voy á tratar. Pero quisiera ante todo que me dijerais qué premio me señalais si llego á adivinar el sistema de cada una..... ¿Mudarlo?..... No, hijas mias, no creais que es mi intento ser corrector vuestro..... Pues ¿qué premio ha de ser?..... Ea, daréme por contento con sólo que me tolereis el que os conozca.

No extrañeis que empiece la rueda por la seductora *Amalia*, la de los ojos dormidos y el labio desdeñoso. Miradla atentamente; su marcha desigual y fingidamente penosa, su mirar oblicuo y descendente, hacen descubrir en ella la costumbre de dejarse arrastrar en su carroza; su afectada sonrisa, su estudiado saludo, ese aire de pretension y de superioridad que la distinguen, revelan la elevada sociedad á que pertenece, y haríanla traicion si pretendiese ocultarla.

Así es la verdad; Amalia es una rica heredera de la primera nobleza, y este pensamiento, que en ella domina,

se comunica tambien á los que la miran. Desde sus primeros años fué el objeto de la adulacion asalariada; separada casi constantemente por la etiqueta de la vista de sus padres, rodeada de gentes inferiores á ella, desconoce los sentimientos tiernos y el lenguaje de la verdadera amistad; dirigida por maestros, á quienes ella miró siempre como criados, para ella el genio no tiene ninguna superioridad, y éstos por su parte, convencidos de la inutilidad de sus lecciones, sólo la explicaron lo suficiente para alargar su enseñanza y para llenar su cabeza de palabras sin ideas, pero bastantes á deslumbrar á su papá. Primeras letras, gramática, geografía, lenguas, dibujo, música y baile, de todo recibió lecciones; y por resultado de esta enseñanza, que costó un considerable capital, sabe hoy escribir un billete sin puntos ni comas, cantar una cavatina en italiano ó bailar una mazowrka en ruso, lo cual es suficiente saber para los tiempos que corren.

Agrádala la lisonja y la cortesía de los jóvenes que la rodean, y quisiera tal vez responder con ménos altivez á sus suspiros, pero áun no es tiempo; fiel á su dorada cuna, tiene empeñada su mano desde ántes de nacer á un cuarto primo, con cuyo enlace conseguirá añadir al escudo de su casa dos osos trepantes y una serpiente en campo de plata.—Con tales antecedentes, preguntaréisme: ¿le hará feliz ó desgraciado?—Lo ignoro, amigas; sólo sé decir que le hará marqués.....

Pero saltando de flor en flor, como mariposa, ¿me negaréis que os hable de las festivas gracias y del mirar maligno de la risueña *Flora*? Esa marcialidad y ese despejo, que formaban, miéntras estuvo en el colegio, la envidia de sus compañeras y el encanto de sus parientes, me hicieron más de una vez temer por los pobres amantes que algun dia habian de intentar rendir un corazon dispuesto á burlarse de todo.

Mas, ya se ve, ¡es tan graciosa una niña revoltosa y pizpireta! sienta tan bien la risa á una cara infantil, que todos nos apresurábamos á hacerla mil lisonjas. Yo la vi en los solemnes exámenes del colegio llevar siempre los premios en la música y la danza, dejando desdeñosamente á sus compañeras los ménos brillantes de la aguja y el pincel. Yo la vi salir de la enseñanza y poner en movimiento á toda la sociedad elegante de Madrid; yo la vi seducir por la ostentacion de sus gracias, por el primor de sus adornos, por la riqueza de sus galas, por el torrente amable de su conversacion. — ¿Quién es el dueño de su corazon? (pregunté). Todos creian serlo, y ella no creia que lo fuese ninguno; más de un alumno de Marte gimió arrestado una quincena por renovar *il posto abbandonato;* más de un expediente quedó sin despachar por visitarla un jóven empleado; más de un soneto hirió sus oidos, plañido por la musa de soporífero poeta; más de una espada desnuda brilló ante sus ojos.

Gozosa desde su balcon, recibia estos tributos como otros tantos trofeos de su beldad, cual si los viera representados en el teatro desde su palco; mas ¡oh venganza! los jóvenes llegan por fin á conocerla y á entenderse; promesas falaces, prendas débiles de su cariño, sortijas y emblemas misteriosos, cartas novelescas, bucles ingeniosamente tejidos, todo depone su volubilidad y mala fe, todo lo recibe en un dia devuelto por sus desengañados amantes. Desde entónces su moda pasó, sus gracias quedaron eclipsadas, las mujeres sonrieron á su presencia, los hombres hablaron con ironía, y por colmo de su desgracia, el desden ajeno vino á castigarla del suyo, viéndose hoy despreciada de un hombre á quien ama con frenesí, y el cual es tambien el ménos meritorio de sus amantes.

¡Qué diferencia de la sensible *Eloisa!* Un corazon hecho para el amor; un semblante formado por las gracias; un mirar lánguido y penetrante; una cabeza dulcemente inclinada; una boca suspirante, que parece decir al que la mira: «Amadme y yo os amaré.» ¡Cuántos encantos en una sola persona! Habla de amor; su pecho se inflama con la pintura del hermano de Saladino y de la huérfana de Underlach. Se sienta al piano ó al arpa; ¡qué precision en los toques, qué afinacion en los sonidos! Luce su hermosísima voz; ¡qué profunda sensibilidad! ¡qué expresion tan sublime y animada! Los suspiros quejosos de *Bellini* no tuvieron nunca intérprete mejor. Un movimiento eléctrico se comunica á toda la concurrencia, y la sala resuena con estrepitosas y unánimes aclamaciones. ¿Quién no ha de amarla? ¿Quién no ha de rendirla su albedrío? Una nube de incienso la rodea; pero ¡ay! que esta misma nube que lisonjea su corazon, formada por los ecos de falsos amantes, la impide tal vez la vista del verdadero, que adorándola en secreto, teme que tanto incienso trastorne su cabeza, y repite con Castillejo:

«La cumplida en cualquier cosa
Y acabada,
Ménos que todas me agrada,
Porque, segun mi pensar,
Tiene mucho que guardar
La de todos deseada.»

Mas volved la vista á esotro lado; veréis venir crujiendo de sedas y descubriendo su beldad por entre el celaje de finísima blonda á la hermosa *Serafina;* ¿quién al ver su equipaje no la tendrá por alguna marquesa? Pues nada ménos que eso; tal como la veis, es hija del empleado don Homobono Quiñones, mi vecino, cuya mesada no equivale á la mitad de lo que ha costado ese velo. ¿Cómo se verifica tal milagro? me preguntais. Hijas mias, si no te-

neis memoria, mirad el artículo de *El dia* 30 *del mes* (1). Serafina, seducida con la idea de un casamiento brillante, exagera el adorno de su persona, como para alejar á los que no estén en estado de sostener su esplendor; y en efecto, consigue verse rodeada de multitud de pretendientes de su belleza, que no de su mano; pero ella escucha indiferente sus solicitudes, y para disponer de su voluntad, sólo espera que le hablen de matrimonio, diciéndoles en buenas palabras, como la condesa que pinta Regnard:

«*Je ne donne mon cœur que par-devant notaire*»,

que viene á significar en nuestro romance español:

Yo no doy mi corazon
Sino delante del cura.

Con lo cual consigue renovar constantemente la concurrencia de acreedores, sin que ninguno se dé por notificado del contenido de aquel emblema. Seis años hace que Serafina es estrella fija en nuestro cielo, y todas las noches se la ve aparecer en bailes y tertulias, pero en vano, y ya estaba casi determinada á entregar su mano á un jóven rico y amable que la pretendia y á quien ella no podia perdonar el no tener un mal uniforme, ni el menor sueldo por el Gobierno, cuando ¡oh desgracia! el jóven, calculando por una proporcion matemática los quilates á que subiria la ostentacion de su elegante novia despues del matrimonio, y temiendo ver su caudal en manos de modistas y joyeros, se retiró con tiempo. Por último, se presentó cierto meritorio de oficina, el cual logró enamorarla, y con quien se espera haga un brillante casamiento.

(1) Véase el artículo citado.

Pero ¿qué es esto? ¿Todas vais desfilando, ingratas oyentes? ¿os fastidia mi oracion, ó temeis que llegue vuestra vez? No, queridas mias, nada temais. Mudaré de conversacion por complaceros; hablarémos de revistas en el Prado; de injusticias en el reparto de galones y charreteras; os alabaré vuestras galas y tocados; os traduciré la leyenda de los figurines y del *Journal des Modes*. No me aborrezcais; pediré prestado el estro á un amigo mio para componer una sátira contra la aguja y el dedal; haré una disertacion para probar que un moderado recogimiento y un trato reducido son antiguallas, y solamente propios en aquellas oscuras bellezas no destinadas á hacer el encanto de nuestra sociedad matritense. No me abandoneis, y os serviré para ayudaros á hacer cordoncitos y petacas; seré de vuestra opinion en cuanto á óperas y dramas; os leeré á Walter Scott y D'Arlincourt; os prestaré *La Revista Española* para que leais mis artículos de costumbres y riais á placer cuando no os toque á vosotras, y en fin, os haré uno laudatorio pintando una niña perfecta como yo la he soñado, y diré que todas sois así, aunque vosotras os esforceis en desmentirme y dejarme mal.

(Febrero de 1833.)